

RESUMEN DE LA LEY
DE LOS
FENÓMENOS ESPÍRITAS

2974

RÉSUMÉ DE LA LOI

DES

PHÉNOMÈNES SPIRITES

OU

PREMIÈRE INITIATION A L'USAGE DES PERSONNES ÉTRANGÈRES

A LA

CONNAISSANCE DU SPIRITISME

Par **ALLAN KARDEC**



Prix : 5 Centimes

(FRANCO, PAR LA POSTE, POUR LA FRANCE ET L'ALGÉRIE : 10 CENTIMES)

R

PARIS

AU BUREAU DE LA *REVUE SPIRITE*

59, rue et passage Sainte-Anne.

1864

8780

RESUMEN DE LA LEY
DE LOS
FENÓMENOS ESPÍRITAS

Primera iniciación para las personas ajenas al
CONOCIMIENTO DEL ESPIRITISMO

por

ALLAN KARDEC

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2024 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-7-8

Título del original francés:

Résumé de la loi des phénomènes spirites (Allan Kardec; 1864)

Traducción de la 1.ª edición francesa: Gustavo N. Martínez

Edición de la

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Sánchez de Bustamante 463

(1173) Buenos Aires - Argentina

+ 54 11 - 4862 - 6314

www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Resumen de la ley de los fenómenos espíritas : primera iniciación para las personas ajenas al conocimiento del espiritismo / Allan Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2024.

20 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.

Edición para Confederación Espiritista Argentina

ISBN 978-987-48481-7-8

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.

CDD 133

Impreso en la Argentina

Resumen de la ley de los fenómenos espíritas

Esta instrucción¹ ha sido escrita especialmente para las personas que no poseen ninguna noción del espiritismo, acerca del cual pretendemos brindarles una idea sucinta en pocas palabras. En los grupos o reuniones espíritas frecuentados por principiantes, puede ser útil como preámbulo de las sesiones, conforme a las necesidades.

*

Dado que las personas ajenas al espiritismo no comprenden su objetivo ni sus procedimientos, casi siempre se forman al respecto una idea completamente falsa. Les falta especialmente el conocimiento del principio, la clave fundamental de los fenómenos. A falta de eso, lo que ven y escuchan no les aprovecha, e incluso no les interesa. La experiencia demuestra que el solo hecho de presenciar o describir los fenómenos no basta para convencerlas. Hasta los que son testigos de hechos que cautivan su atención, quedan más atónitos que conven-

1. Gran parte del contenido del presente opúsculo fue publicado por primera vez en la *Revista Espírita*, n.º 4, abril de 1864. Compárese asimismo con parte del capítulo II de *¿Qué es el espiritismo?* Buenos Aires: CEA, 2021. (N. del T.)

cidos; cuanto más extraordinario les parece el efecto, más sospechan de él. Un estudio previo, realizado con seriedad, es la única manera de generar convicción, y a menudo es suficiente para modificar por completo el curso de las ideas. En cualquier caso, ese estudio es indispensable para la comprensión de los fenómenos, incluso de los más simples.

A falta de una instrucción completa, que no puede impartirse en pocas palabras, un resumen sucinto de la ley que rige las manifestaciones bastará para que las personas que todavía no se han iniciado consideren la cuestión en su verdadero aspecto. En tal sentido, damos un primer paso con la breve instrucción que sigue. No obstante, antes se requiere una observación.

Por lo general, los incrédulos tienden a sospechar de la buena fe de los médiums, así como a suponer el empleo de medios fraudulentos. Aparte de que esa suposición resulta injuriosa para con algunas personas, ante todo es necesario preguntarse qué interés podría llevarlas a engañar y a representar o hacer representar una comedia. La mejor garantía de sinceridad se encuentra en el desinterés absoluto, pues donde no hay nada que ganar, el charlatanismo no tiene razón de ser.

En cuanto a la realidad de los fenómenos, cualquier persona puede constatarla, toda vez que reúna las condiciones favorables y se valga, para observar los hechos, de la paciencia, la perseverancia y la imparcialidad necesarias.

1. El espiritismo es al mismo tiempo una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que se pueden establecer con los Espíritus; como filosofía, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de esas relaciones.

2. Los Espíritus no son, como muchas veces se imagina, seres aparte en la Creación. Son las almas de los que han vivido en la Tierra o en otros mundos. Así pues, las almas o Espíritus son lo mismo. De ahí se sigue que, todo el que crea en la existencia del alma, cree por eso mismo en la de los Espíritus.

3. En general, se tiene una idea muy errónea del estado de los Espíritus. Ellos no son, como algunos suponen, seres imprecisos e indefinidos, ni llamas semejantes a los fuegos fatuos, ni fantasmas como los que se presentan en los cuentos de aparecidos. Son seres semejantes a nosotros, que tienen un cuerpo como el nuestro, pero fluídico e invisible en el estado normal.

4. Mientras el alma está unida al cuerpo durante la vida, tiene una doble envoltura: una pesada, densa y destructible, que es el cuerpo; la otra fluídica, ligera e indestructible, denominada *periespíritu*. El periespíritu es el lazo que une el alma al cuerpo; por su intermedio, el alma hace que el cuerpo actúe, a la vez que percibe las sensaciones que el cuerpo experimenta.

5. La muerte es apenas la destrucción de la envoltura densa; el alma abandona esa envoltura del mismo modo que se deja una ropa gastada, o como lo hace la mariposa con la crisálida; aunque conserva su cuerpo fluídico o periespíritu.

La unión del alma, del periespíritu y del cuerpo material constituye al *hombre*; el alma y el periespíritu, separados del cuerpo, constituyen el ser denominado *Espíritu*.

6. La muerte del cuerpo libera al Espíritu de la envoltura que lo ligaba a la Tierra y lo hacía sufrir; una vez que se ha liberado de ese fardo, sólo le queda su cuerpo etéreo, que le permite recorrer el espacio y trasponer las distancias con la rapidez del pensamiento.

7. El fluido que compone el periespíritu penetra todos los cuerpos y los atraviesa como la luz atraviesa los cuerpos transparentes; ninguna materia le resulta un obstáculo. Por eso, los Espíritus penetran en todas partes, hasta en los lugares más herméticamente cerrados. Es una idea ridícula creer que se introducen por una pequeña abertura, como el agujero de una cerradura o el conducto de la chimenea.

8. Los Espíritus pueblan el espacio; constituyen el mundo invisible que nos rodea, en medio del cual vivimos, y con el cual estamos en contacto permanente.

9. Los Espíritus poseen todas las percepciones que tenían en la Tierra, aunque en un grado más alto, porque sus facultades no están aminoradas por la materia; tienen sensaciones que nos son desconocidas; ven y oyen cosas que nuestros limitados sentidos no nos permiten ver ni oír. Para ellos no existe la oscuridad, con excepción de aquellos cuyo castigo consiste en hallarse transitoriamente en las tinieblas. Todos nuestros pensamientos repercuten en ellos, y los leen como en un libro abierto; de modo tal que lo que podemos esconder a alguien mientras vive en la Tierra, ya no se lo podremos ocultar cuando sea Espíritu.

10. Los Espíritus conservan los afectos sinceros que tenían en la Tierra; se complacen en acercarse a aquellos a los que han amado, sobre todo cuando estos los atraen con el pensamiento y los sentimientos afectuosos que les dedican, mientras que se muestran indiferentes en relación con aquellos que solo tienen indiferencia para con ellos.

11. Los Espíritus pueden manifestarse de muchas maneras diferentes: por la vista, la audición, el tacto, produciendo ruidos y movimientos de cuerpos, por la escritura, el dibujo, la música, etc.

Se manifiestan por intermedio de personas dotadas de una aptitud especial para cada género de manifestación, y que se distinguen con el nombre de médiums. Así, se distingue a los médiums videntes, parlantes, auditivos, sensitivos, de efectos físicos, dibujantes, tiptólogos, escribientes, etc. Entre los médiums escribientes hay numerosas variedades, según la naturaleza de las comunicaciones que están en condiciones de recibir.

12. El periespíritu, aunque sea invisible para nosotros en el estado normal, no deja de ser una materia etérea. En ciertos casos, el Espíritu puede hacerle experimentar una especie de modificación molecular, que lo torna visible e incluso tangible; así se producen las apariciones. Ese fenómeno no es más extraordinario que el del vapor, que es invisible cuando está muy enrarecido, y se vuelve visible al condensarse.

Los Espíritus que se hacen visibles se presentan casi siempre con la apariencia que tenían en vida, y que les permite ser reconocidos.

13. Durante la vida, el Espíritu obraba sobre su cuerpo con la ayuda del periespíritu; y también con ese mismo fluido se manifiesta al actuar sobre la materia inerte, produciendo ruidos, movimientos de mesas y de otros objetos a los cuales levanta, derriba o transporta. Ese fenómeno no tendría nada de sorprendente si consideráramos que entre nosotros los más poderosos motores se alimentan de los fluidos más rarificados e incluso imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

Asimismo, con la ayuda de su periespíritu, el Espíritu hace que los médiums escriban, hablen o dibujen. Dado que no posee un cuerpo tangible para actuar ostensiblemente, el Espíritu que quiere manifestarse se sirve del cuerpo del mé-

dium, cuyos órganos toma prestados, y lo hace actuar como si fuera su propio cuerpo, mediante el efluvio fluídico que vierte sobre él.

14. Por el mismo medio, el Espíritu actúa sobre la mesa, ya sea para hacer que se mueva sin una significación determinada, o bien para que dé golpes inteligentes señalando las letras del alfabeto con las que forma palabras y frases, fenómeno designado con el nombre de *tiptología*. En este caso, la mesa no es más que un instrumento del cual se sirve el Espíritu, como lo hace con el lápiz para escribir; le confiere una vitalidad momentánea a través del fluido con que la impregna, pero no se identifica con ella. Por consiguiente, las personas que, presas de la emoción, abrazan a la mesa cuando ven la manifestación de un ser querido, practican un acto ridículo, porque es exactamente como si abrazaran el bastón del que se sirve un amigo para dar golpes. Lo mismo podemos decir en relación con aquellas que dirigen la palabra a la mesa, como si el Espíritu estuviera encerrado en la madera, o como si la madera se hubiese convertido en Espíritu.

Cuando se producen comunicaciones por ese medio, es preciso saber que el Espíritu no se encuentra en la mesa, sino junto a ella, *como lo haría si estuviese vivo*, y tal como lo veríamos si en ese momento pudiera hacerse visible. Lo mismo sucede con las comunicaciones por escrito: veríamos al Espíritu al lado del médium, dirigiendo su mano o transmitiéndole su pensamiento a través de una corriente fluídica.

Cuando la mesa se aparta del suelo y flota en el espacio sin un punto de apoyo, el Espíritu no la eleva con la fuerza del brazo, sino que la envuelve y la penetra con una especie de atmósfera fluídica que neutraliza el efecto de la gravedad, como lo hace el aire con los globos y las cometas. Al penetrar

la mesa, ese fluido le confiere momentáneamente una mayor levedad específica. Cuando la mesa se halla adherida al suelo, se produce un caso análogo al de la campana neumática bajo la cual se hizo el vacío. Estas son apenas comparaciones para mostrar la analogía de los efectos y no la semejanza absoluta de las causas.

Según esto, se comprenderá que no es más difícil para el Espíritu levantar una persona que levantar una mesa, transportar un objeto de un lugar a otro o lanzarlo hacia alguna parte. Esos fenómenos se producen de acuerdo con la misma ley.

Cuando la mesa persigue a alguien, no es el Espíritu el que corre -dado que puede permanecer tranquilamente en su lugar-, sino que impulsa a la mesa por medio de una corriente fluídica, con cuya ayuda hace que esta se mueva conforme a su voluntad.

Cuando los golpes se escuchan en la mesa o en alguna otra parte, el Espíritu no golpea con la mano o con algún objeto, sino que dirige hacia el punto de donde parte el ruido un chorro de fluido que produce el efecto de un choque eléctrico. Así también modifica el ruido, como se pueden modificar los sonidos producidos por el aire.

15. Por lo poco que hemos dicho, puede verse que las manifestaciones espíritas, cualquiera sea su índole, no tienen nada de sobrenatural o maravilloso. Son fenómenos que se producen en virtud de la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, una ley tan natural como la de la electricidad, de la gravedad, etc. El espiritismo es la ciencia que nos da a conocer esa ley, como la mecánica nos enseña las leyes del movimiento, la óptica las de la luz, etc. Dado que pertenecen a la naturaleza, las manifestaciones espíritas se han producido en todos los tiempos. Una vez conocida, la

ley que las rige nos explica una gran cantidad de problemas considerados insolubles; esta es la clave de una multitud de fenómenos que la superstición ha explotado y amplificado.

16. Apartado por completo lo maravilloso, estos fenómenos ya no contienen nada que repugne a la razón, porque vienen a ocupar su lugar junto a los otros fenómenos naturales. En las épocas de ignorancia, todos los efectos cuya causa no se conocía eran considerados sobrenaturales; no obstante, los descubrimientos de la ciencia fueron reduciendo gradualmente el círculo de lo maravilloso, al que el conocimiento de la nueva ley ha venido a aniquilar. Entonces, aquellos que acusan al espiritismo de resucitar lo maravilloso demuestran, por eso mismo, que hablan de lo que no conocen.

17. Una idea bastante generalizada entre las personas que no conocen el espiritismo es la de creer que los Espíritus, por el solo hecho de que se han desprendido de la materia, deben saberlo todo y poseer la suprema sabiduría. Este es un grave error. Al abandonar su envoltura corporal, no se despojan de inmediato de sus imperfecciones; y solo paulatinamente se purifican y mejoran. Dado que los Espíritus no son más que las almas de los hombres, así como existen hombres de todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad, lo mismo ocurre entre los Espíritus. Algunos de ellos son apenas frívolos y traviosos; otros son mentirosos, traicioneros, hipócritas, malos y vengativos; otros, por el contrario, poseen las virtudes más sublimes y un grado de saber desconocido en la Tierra. Esa diversidad en las cualidades de los Espíritus constituye uno de los puntos más importantes a considerar, porque explica la naturaleza buena o mala de las comunicaciones que se reciben. Debemos dedicarnos, sobre todo, a distinguir unas de otras.

De ahí resulta que no basta con que nos dirijamos a un Espíritu cualquiera para que obtengamos una respuesta legítima a todas las cuestiones; porque el Espíritu responderá según lo que sepa, y a menudo nos dará tan solo su opinión personal, que puede ser exacta o equivocada. Si es prudente, confesará su ignorancia sobre lo que no conoce; si es frívolo o mentiroso, responderá sobre cualquier cosa sin que le importe la verdad; si es orgulloso, presentará sus ideas como verdades absolutas. Por eso san Juan, el evangelista, dice: *No creáis a todos los Espíritus, sino observad si los Espíritus son de Dios*. La experiencia demuestra la sabiduría de ese consejo. Así pues, sería imprudente e irreflexivo aquel que aceptara sin comprobación todo lo que proviene de los Espíritus.

Los Espíritus solamente pueden contestar sobre aquello que saben y, además, sobre lo que se les permite decir, pues hay cosas que no deben revelar, porque todavía no les ha sido dado a las personas conocer todo.

18. Se reconoce el carácter de los Espíritus por su lenguaje. El lenguaje de los Espíritus verdaderamente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico, y se halla exento de cualquier trivialidad, puerilidad o contradicción; en él se refleja la sabiduría, la benevolencia y la modestia; es conciso y carece de palabras inútiles. El lenguaje de los Espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos, carece de esas cualidades; la vaciedad de las ideas está casi siempre compensada por la abundancia de palabras.

19. Otro punto igualmente esencial que es preciso tomar en cuenta es que los Espíritus son libres; se comunican cuando quieren, con quien les conviene e incluso cuando pueden, pues tienen sus ocupaciones. No están sujetos a las órdenes ni al capricho de ninguna persona, y nadie puede obligarlos a

que se manifiesten contra su voluntad, ni a que digan lo que desean callar. Por esa razón, no se puede garantizar que un Espíritu responderá al llamado de alguien en un determinado momento, o que será obligado a responder a tal o cual pregunta. Decir lo contrario es mostrar absoluta ignorancia de los principios más elementales del espiritismo. Sólo el charlatanismo tiene fuentes infalibles.

20. Los Espíritus son atraídos por la simpatía, la semejanza de gustos y de caracteres, así como por la intención de aquellos que desean su presencia. Los Espíritus superiores no van a las reuniones fútiles, del mismo modo que un sabio de la Tierra no concurriría a una reunión de jóvenes imprudentes. El simple buen sentido nos dice que eso no puede ser de otro modo. Y si acuden a esas reuniones en ciertas ocasiones, lo hacen para dar un consejo saludable, para combatir los vicios, para tratar de reconducir hacia el camino del bien a los que se hallan presentes. Con todo, si no son escuchados, se retiran. Se formaría una idea completamente falsa aquel que creyera que los Espíritus serios se complacen en responder a futilidades, a preguntas inútiles, que no dan muestras ni de simpatía ni de respeto hacia ellos, como tampoco de un auténtico deseo de instruirse, y menos aún que esos Espíritus colaboren en un espectáculo para divertir a los curiosos. Si cuando estaban vivos no lo hubieran hecho, tampoco lo harían después de su muerte.

21. De lo que precede resulta que toda reunión espírita, para ser provechosa debe, como primera condición, ser seria y realizarse con recogimiento. Todo en ella habrá de hacerse con respeto, religiosamente y con dignidad, en caso de que se quiera obtener el concurso habitual de los Espíritus buenos. Es necesario no olvidar que si esos mismos Espíritus hubie-

sen asistido cuando estaban encarnados, habrían recibido de nuestra parte todas las consideraciones a las que tienen aún más derecho después de su muerte.

En vano se alega la utilidad de ciertas experiencias curiosas, frívolas y divertidas para convencer a los incrédulos, pues de ese modo se llega a un resultado absolutamente contrario. El incrédulo, de por sí propenso a burlarse de las creencias más sagradas, no puede ver algo serio en aquello que es hecho a modo de broma; no es posible pedirle que respete lo que no se le presenta de un modo respetable. Por eso se retira siempre con una mala impresión de las reuniones fútiles y ligeras, donde no encuentra orden, gravedad ni recogimiento. Lo que sobre todo puede convencer al incrédulo es la prueba de la presencia de seres cuya memoria le es apreciada. Ante las palabras graves y solemnes, ante las revelaciones íntimas de esos seres, lo vemos conmoverse y palidecer. Pero así como siente respeto, veneración y afecto hacia la persona cuya alma se presenta ante él, así también lo choca y lo escandaliza verla en una asamblea irrespetuosa, en medio de mesas que danzan y de las bromas de los Espíritus frívolos. Por muy incrédulo que sea, su conciencia rechaza esa alianza de lo serio con lo frívolo, de lo religioso con lo profano. Por eso califica a esos fenómenos de charlatanismo, y a menudo sale de las reuniones menos convencido que al entrar.

Las reuniones de esa naturaleza siempre hacen más mal que bien, porque alejan de la doctrina espírita a un mayor número de personas que las que atraen hacia ella, sin contar que se prestan a la crítica de los detractores, quienes encuentran en esas reuniones fundados motivos de burla.

22. No hay razón para que se juegue con las manifestaciones físicas; si bien no tienen la importancia de la enseñanza

filosófica, son útiles desde el punto de vista de los fenómenos, pues constituyen el abecé de la ciencia espírita, de la cual han dado la clave. Aunque menos necesarias hoy en día, todavía ayudan a la convicción de ciertas personas. Pero no excluyen en absoluto el orden y la buena conducta en las reuniones en las cuales se hacen experimentos con ellas; si fueran siempre practicadas de una manera digna, convencerían más fácilmente y producirían, bajo todos los aspectos, resultados mucho mejores.

23. La finalidad providencial de las manifestaciones es convencer a los incrédulos acerca de que no todo se acaba para el hombre con la vida terrenal, y dar a los creyentes ideas más precisas respecto del porvenir. Los Espíritus vienen a brindar la ayuda que el hombre requiere para su desarrollo moral, y no para satisfacer su curiosidad. No vienen para ahorrarle el trabajo y las investigaciones necesarias para el desarrollo de su inteligencia, ni para brindarle los medios de enriquecerse fácilmente, como tampoco para revelar lo que debe permanecer oculto para él. Se engañaría completamente respecto de la misión de los Espíritus si creyera que a través de ellos se pueden obtener la revelación del porvenir, el descubrimiento de tesoros ocultos, los medios de cobrar herencias, la solución de los problemas que incumben a la ciencia, o invenciones ya elaboradas que el hombre solo tendría que explotar. En tal caso, cualquier ignorante podría convertirse en sabio a un bajo costo, y el perezoso se haría rico sin trabajar. Por eso es importante que se conozca la naturaleza de las preguntas que se pueden formular a los Espíritus, toda vez que no se quiera ser engañado por los Espíritus frívolos.

Así pues, las manifestaciones no están destinadas a servir a los intereses materiales. Su utilidad reside en las consecuencias

morales que de ellas se desprenden. No obstante, aunque sólo tuvieran como resultado dar a conocer una nueva ley de la naturaleza, y demostrar materialmente la existencia del alma y su inmortalidad, ya sería mucho, porque eso constituiría un nuevo y amplio camino abierto a la filosofía.

24. No cabe duda de que estas explicaciones resultan muy incompletas y pueden necesariamente dar lugar a numerosas preguntas, pero no hay que perder de vista que este no es un curso de espiritismo. Conforme las presentamos, son suficientes para mostrar la base en la que se funda el espiritismo, el carácter de las manifestaciones y el grado de confianza que pueden inspirar según las circunstancias.



